Puntos y Contrapuntos

¿"TÉCNICOS" O "RUDOS"... DE LA LITERATURA ?

J. J. Utrilla

Al maestro Alí,
cuyo plumaje no es de esos

Un amigo mío, escritor joven y talentoso, se me acerca y con toda amabilidad me pone en la mano su último libro de cuentos, publicado por una casa editorial de bien ganado prestigio. Me informa entonces que se trata de una serie de relatos, mitad humorísticos, mitad policiacos. Me despido de él, con mi natural agradecimiento y a la primera oportunidad me preparo un jaibolito, me arrellano en mi sillón predilecto, me calo las gafas y, prometiéndome pasar un rato placentero, abro el volumen. ¿Qué ven mis pecadores ojos en la primera página, como presentación del libro de cuentos policiacos? Esto: "Célula gemelar obliterada, la inteligencia y el buen humor son meteoros que se trasminan para crear astros aberrantes y jocundos..." Y otros tres párrafos por el estilo.

¿Habré leído bien? Me froto los ojos creyéndome víctima de maligna alucinación. ¿Será que mis viejos anteojos —que ya de por sí parecen dos fondos de tradicionales vasos de tepache— me están jugando una mala pasada? Pero no, ahí está bien clarito ante mí: "Célula general obliterada.. se trasminan.. etc., etc."

¿Qué querrá decir eso? Tantas décadas de andar por este valle de lágrimas, tratando de aprender una que otra cosilla, ¡y no entender siquiera las primeras palabras de presentación de unos cuentos policiacos! ¡Oh, ignominia! ¡Oh, deshonor! Por bastante menos, estoy seguro, alguien se vio impedido al *hara-kiri* (me viene a la memoria otro amigo mío, quien ante el ya clásico "...qué púberes canéforas te ofrenden el acanto" me confesó, a un paso de las lágrimas: "Sólo entendí el 'qué'").

Habiendo recibido en pleno rostro esas frases cual "patadas voladoras", mi primer instinto es huir, (¿y el de quién no?), gritar "¡Mamá!", echar a correr, tirar el arpa, digo, el libro. Mas no voy a dejarme amilanar. Una salvadora descarga de adrenalina me impele a seguir adelante, así como los heroicos soldados con simple bayoneta acometían los cañones de Verdún (y eso que allá por lo menos algunos lograban salir ilesos, mientras que aquí...). También me abruma la preocupación natural de sentir que, por lo visto, soy incapaz de experimentar los exquisitos goces que la prosa artística debe causar a los seres civilizados.

PAREJO

"Ahora estamos a mano, dijo Cipriano,
cuando le dio a su mujer seis golpes por uno"

Jonathan Swift.

¡Sorpresa gratísima! ¡Destino clemente! El libro de mi joven amigo me pareció no sólo inteligible, sino ameno, intrigante y divertido.

Y eso es todo lo que se me había ocurrido decirle. Mas pronto surgió en mí la duda atenaceante de que tan prosaicos términos desmereciesen ante las aladas palabras de sus presentadores y de los modernos críticos y literatos: estremeciéndome veo hoy, con vergonzoso retraso, que ningún lector puede pasar por docto y conocedor, y ni siquiera puede afirmar que entendió un libro, si se limita a decir bajas trivialidades que cualquier hijo de vecino pueda comprender. Apretando lo dientes, me formo el propósito inquebrantable de efectuar en la siguiente lectura —de las diez o veinte que habrá que darle— un auténtico análisis semiótico-socioeconómico-psicológico para desentrañar los arcanos que pueda contener (¿y qué pasaría si no contuviera ninguno?), tomando en cuenta hasta la última teoría de Wittgenstein, de Von Uexküll y de Robbe-Grillet.

Hoy, debidamente documentado así, puedo afirmar en el tono más doctoral que mis lecturas me han capacitado para detectar en los diversos relatos del autor una gran agrupación con arreglo a las distintas modalidades que los informan, dispuestos como están por un orden cíclico-genético acompasado paralelamente al polifásico proceso de las avideces innovadoras y de la endocrinología pubescente. (¿Eh? ¿Qué tal? Díganme sus mercedes si, después de esto, no tengo derecho a ir por la vida mirando a mis lectores como desde lo alto de un pedestal, con un aire que haría que, a mi lado, Tarquino *el Soberbio* o hasta la mismísima Mamá de Tarzán pareciese modosa violeta).

Así, había yo esperado que este plúmbeo esfuerzo de mi parte me produciría la satisfacción natural de ver que había elevado mi nivel literario hasta la altura que hoy se estila; pero he de confesar que, lejos de ello, me empieza a escocer una cierta sensación de culpa; me siento cómplice de todos aquellos que, declarando en público que son ellos los puristas, los que manipulan "técnicamente" nuestro idioma, en realidad lo tratan (permítaseme una imagen que, creo que ésta sí, la entenderemos todos) cual si hubiese caído el pobre idioma —y con él, de paso, el infeliz lector— en la temida esquina de los rudos.